

CUENTOS & CUENTISTAS

Dino Buzzati, el mago acongojado

Para muchos lectores de narrativa italiana del siglo XX, tan llena de colosos, el nombre de este autor elogiado por Borges puede sonar poco familiar. Dino Buzzati nació en Belluno, Italia, en 1906, y falleció en Milán en 1972, ciudad donde vivió la mayor parte de su vida. Abogado, periodista, poeta, viajero, corresponsal en el frente de batalla, fue un burlón observador de los absurdos comportamientos de la gente. Dejó una novela fantástica convertida en un clásico, *El desierto de los tártaros* (1940), parábola sobre el disparate de la guerra, donde un grupo de soldados confinados en un fuerte perdido en la estepa, acecha a un misterioso enemigo que nunca se concretiza. Es un tópico que recrea en muchos de sus cuentos: el encierro, la incertidumbre, la fatalidad, la amenaza de lo desconocido... o de lo conocido que se transmuta en maldad.

Dino Buzzati fue también un destacado pintor surrealista, y su obra narrativa y pictórica se complementan de inquietante manera. Ilustró él mismo algunos de sus cuentos, como “El perro que vio a Dios”. Hay una pintura suya del perro, una mezcla de Chirico con dibujo infantil, del cual emana una tristeza casi insoportable. Claro, el animal parece saber que la presencia de Dios puede ser una molestia. También se dedicó a escribir para los niños, por ejemplo su no menos extravagante relato “La famosa invasión de Sicilia por los osos” (1945). Escribió teatro y construyó decorados para sus obras. Hizo libretos de ópera, para compositores como Berio, Maderna y Malipiero. Coherente con sus intereses literarios y gráficos, inventó un estilo de comic, que bautizó “poemas burbuja”.



Según el crítico francés Bernard Pivot, aún cuando Buzzati era bueno en todo lo que hacía, en algo fue simplemente excelente: como cuentista. Uno de sus principales volúmenes se titula *El derrumbe de la Baliverna* (1954). El cuento que da título al libro hace referencia a un accidental acto, por parte de un jovenzuelo, que provoca el derrumbe del carcomido muro de una vieja fortaleza convertida en residencia de gente pobre. El sentimiento de culpa que colma al hechor, el chantaje religioso (pecado no confesado), el acoso soterrado por parte de un testigo, van creando en el inocente una sofocante cárcel psíquica. Él permanece, como los soldados del *Desierto de los tártaros*, a la espera no del adversario, pero sí del castigo que deberá llegar.



Es un escritor poseedor de una capacidad especial para dejar abiertos los finales, para lograr que el lector quede angustiado y sufra por terminarlos, juzgue a los personajes, piense en cómo saldrán del atolladero. Es lo que pasa con la familia que se ve invadida por roedores en el cuento titulado “Los ratones”. Éstos ocupan la casa y obligan a los residentes a alimentarlos, mientras, multiplicándose hasta la náusea, elucubran un tenebroso y nunca explicitado complot contra la humanidad. En otro cuento, “Un gusano en casa”, no son miles de animales sino una persona, un personaje imposible de evitar, un intruso inexplicable, que termina por apoderarse del hogar de un tranquilo burgués.

Buzzati declaró alguna vez que la fantasía debía estar lo más cerca posible del periodismo. Es por eso que aún cuando sus cuentos son a menudo furiosamente

fantásticos, hay un fuerte énfasis en los detalles de la vida local, como esos pueblos perdidos que actúan como cárceles de las cuales no se puede arrancar, ya que dentro de ellos hay otros encierros más reducidos, que se van superponiendo, hasta llegar al máximo encierro (y el mínimo espacio), que es el cuerpo de cada uno, tal como ocurre en “El hermano cambiado”, de los más pavorosos cuentos de lavado cerebral que haya leído.

Borges ha señalado la influencia de Kafka en Buzzati. Puede ser efectivo, ya que ambos comparten el tema de la presencia ominosa de Dios. Pero el germanófilo Kafka, judío converso de Praga, es un místico. Buzzati, no. La temática en él es más eclesiástica que religiosa, como en ese cuento delicioso “Un cuervo en el Vaticano”, la capital del agua bendita, donde se juntan demonios, latines, milagros, sueños, esperanzas, pájaros y sotanas. Todo transformado por Dino Buzzati en delirio puro.

El cuento que da título a su colección temprana, *Los siete mensajeros* (1942), es el relato vagamente medieval de un viaje hacia una ciudad que se aleja en lugar de acercarse, y donde un grupo de mensajeros supuestamente adelantados, demora cada vez más en llevar y traer noticias. El caballero que relata elucubra sobre la imposibilidad de recuperar el pasado, observa cambios insólitos. Una metáfora del camino hacia la muerte que deja la cabeza llena de tribulación, y que prefigura a otro grande de la narrativa italiana: Italo Calvino.

Para terminar, del volumen de narraciones titulado *K* (1966), he traducido el cuento “Una muchacha que cae”, con el propósito de complementar esta nota. Confieso que lo he hecho con un nudo en la garganta.

Bartolomé Leal

“Una muchacha que cae”

Cuento de Dino Buzzati

Con despecho se dio cuenta que una treintena de metros más abajo otra muchacha estaba cayendo. Era decididamente más bella que ella y portaba un vestido de media tarde con mucha clase. Quién sabe por qué, la otra descendía a una velocidad muy superior a la suya, hasta el punto que en pocos instantes la distanció y desapareció allá abajo, a pesar de los llamados de Marta. Sin duda iba a llegar a la fiesta antes que ella; tal vez era un plan calculado de antemano para suplantarla.

Luego Marta se dio cuenta que ellas dos no eran las únicas que caían. A todo el largo de los flancos del rascacielos, otras mujeres jóvenes se deslizaban en el vacío, las caras tensas por la excitación del vuelo, agitando festivamente las manos como para decir: aquí estamos, aquí venimos, es nuestra hora, festéjennos, ¿no es verdad que el mundo es nuestro?

(Traducción de Bartolomé Leal)